

Jesús Silva-Herzog

Moisés Naím

La pedagogía

Hace unos días, Soledad Loaeza describía el pesar que le provocaba la degeneración del lenguaje oficial y el aire de persecución que sopla desde el poder. “Jamás imaginé que llegaría un tiempo en que alguien creyera que podía decirle a otro mexicano que se fuera de México.” A esas hemos llegado en la velez degeneración del discurso público bajo el gobierno de López Obrador. No es cualquier persona quien sugiere el destierro. Es un funcionario cultural quien invita a los críticos a abandonar el país como si México le perteneciera solamente a los devotos del presidente. Pero en ese país estamos. Es el México en el que un funcionario gubernamental puede decir públicamente que los críticos del gobierno deben callar o largarse del país, y después de decirlo, mantenerse en su puesto. Es el México en el que el mismo comisario niega patriotismo y aún ciudadanía al disidente. Ellos no son mexicanos, dice. Sólo nosotros tenemos patria. Para el perseguidor solo son patriotas los que están con su caudillo. Los otros son traidores que deben ser tirados por la borda. Quien hoy llama al exilio de los críticos entendiendo la victoria del 18 como una la oportunidad de vejar al otro. El voto por López Obrador era para él un permiso para vejar: “se las metimos doblada,” dijo mientras festejaba que en el México de la revolución lopezobradorista las reglas no tenían por qué entorpecer el capricho presidencial. La prociadidad, el machismo estúpido de aquel dicho en la Feria del Libro es lo de menos. Lo abominable de aquel desplante es el entendimiento del triunfo electoral como permiso para ultrajar a los derrotados.

El llamado al destierro lleva al extremo la intolerancia presidencial, es decir, expone su verdadera naturaleza. El director del Fondo de Cultura Económica dice, con todas sus letras, lo que el presidente insinúa. Los dichos repulsivos de Paco Ignacio Taibo II pueden ser un poco más brutales y más pedestres que lo que dice a diario el presidente, pero no se desvían de la ruta que López Obrador ha trazado para definir la batalla de su gobierno. Nos ha dicho de mil formas que los adversarios de su proyecto no son mexicanos con ideas equivocadas o propuestas inconvenientes. Son traidores. Por eso permanece al frente de una gran institución de cultura quien pide el destierro de los críticos.

Los dichos repulsivos de Paco Ignacio Taibo II pueden ser un poco más brutales y más pedestres que lo que dice a diario el presidente, pero no se desvían de la ruta de López Obrador.

El asedio presidencial es cada día más alarmante. La tribuna pública se usa cotidianamente para el escarnio, para la calumnia, para la estigmatización de las voces independientes. Por dar cuenta de la corrupción asociada al partido en el gobierno y a la familia política del presidente, Reforma fue descrita hace unos días como un “pasquín inmundo.” El presidente arremetió contra el diario, aunque la información fuera confirmada. Ese es el lenguaje que emplea el presidente de la república para referirse a los medios críticos. Las voces independientes le provocan asco. Decir esto desde el Palacio Nacional no es la expresión de un ciudadano que expresa sus ideas, sino un abuso de poder. Lo es porque invita a la agresión de otros, porque es un mensaje que dificulta las labores profesionales del medio, porque acorrala a socios y anunciantes. Si esto no es censura directa, es una brutal embestida contra las libertades.

Digo que el acoso presidencial es preocupante no solamente por las consecuencias que su agresividad tiene en el clima de la prensa y la actividad de las organizaciones cívicas, sino también porque representa una fuga de sus responsabilidades elementales. Sin palabras para las crisis que enfrentamos, sin otra receta que la terquedad y la fe para encarar el cataclismo económico, obsesionado con proyectos que son cada vez más visiblemente absurdos y costosos, el presidente se aferra a sus antipatías. No sale de ellas y en ellas parece encontrar consuelo. Es ahí, en su pleito con medios e intelectuales, con medios y organizaciones sociales donde encuentra impulso, es ahí donde ha ubicado el sentido de su administración.

No tengo propuestas, nos dice diariamente el presidente, les ofrezco pleitos con historiadores, revistas y periódicos.

JAQUE MATE

Sergio Sarmiento

AMLO y Calderón

“Parecía el comandante Borolas”.
ANDRÉS MANUEL LÓPEZ OBRADOR

Es notable la atención que el presidente Andrés Manuel López Obrador le dedica al exmandatario Felipe Calderón. Una y otra vez lo cita en sus conferencias de prensa y lo culpa de todos los problemas del país.

El 7 de septiembre Luis Estrada, coordinador de análisis político del ITAM, señalaba que Calderón había sido mencionado 270 veces en las mañaneras, más que las 263 de Benito Juárez. Después de que se dio a conocer el rechazo del consejo general del INE a otorgar registro a México Libre como partido político, el mandatario lo festejó en un video como un triunfo personal: “Yo, no saben cuánto celebro esto. Lo celebro muchísimo”. No parece una declaración del presidente de todos los mexicanos, pero esa ha sido la actitud de Andrés Manuel ante Calderón desde hace años.

López Obrador utiliza con frecuencia su tribuna presidencial para descalificar a quienes piensan diferente, pero su agresividad hacia Calderón ha sido especial. El 23 de agosto de 2019 cuestionó la estrategia del expresidente para combatir el tráfico de drogas y se refirió a él, en lo personal, con sorna: “En vez de atender las causas quiso, de manera espectacular, resolver el problema solo con el uso de la fuerza. Esto no se dice que, cuando la guerra va a Michoacán, a Apatzingán, y va vestido de militar, se pone un chaleco que hasta le quedaba grande. Parecía el comandante Borolas”.

Lo que portaba el presidente no era, por supuesto, un chaleco, sino una chaqueta militar; y quizá las mangas eran ligeramente largas, pero el mensaje era más importante que una falla de sastrería. Calderón acudió a Apatzingán en enero de 2007 vestido con chaqueta y gorro verde olivo para compartir el rancho con la tropa; quería mostrar su decisión de combatir al crimen organizado en la región y su solidaridad con los soldados que estaban sufriendo privaciones y peligros. López Obrador se refirió entonces despectivamente al presidente como “soldadito de chocolate”.

El primer mandatario puede tener una descripción de primera mano de lo que estaba aconteciendo en Michoacán porque el gobernador que, ante una violencia desbordada, hizo la petición de ayuda al gobierno federal era Lázaro Cár-

López Obrador utiliza con frecuencia su tribuna presidencial para descalificar a quienes piensan diferente, pero su agresividad hacia Calderón ha sido especial.

denas Batel, hoy jefe de asesores de la Presidencia. En septiembre de 2006 un grupo de sicarios tiró las cabezas de cinco hombres en un bar de Uruapan, y a pesar de que Cárdenas pidió apoyo al gobierno de Vicente Fox contra las organizaciones criminales este no hizo caso. La decisión de Calderón de respaldar a Cárdenas fue valiente y valiosa.

Yo cuestioné en repetidas ocasiones la “guerra contra las drogas” de Calderón. Advertí que detener a los capos del narco no estaba reduciendo ni el tráfico ni el consumo de drogas, pero si incrementaba la violencia. El propio presidente enmendó su posición al final, por lo menos en el discurso. El 26 de septiembre de 2012 declaró ante la Asamblea General de la ONU: “Hoy propongo, formalmente, que esta, nuestra Organización de las Naciones Unidas, se comprometa en el tema y que haga una valoración profunda de los alcances y los límites del actual enfoque prohibicionista en materia de drogas”.

Pese a las declaraciones, López Obrador no ha dejado atrás el enfoque prohibicionista. Si bien liberó a Ovidio Guzmán en Culiacán el 17 de octubre de 2019, ha seguido aprehendiendo a otros presuntos capos. La guerra no ha parado. Y las descalificaciones, en todo caso, sobran.

MUERTOS DE CALDERÓN

No eran los muertos de Calderón, pero así lo pregonaban los actuales morenistas. En el sexenio de Calderón hubo 120,935 homicidios dolosos, según México Unido contra la Delincuencia. En el de AMLO en 20 meses, hasta julio de 2020, se acumulan 48,953, según el Secretariado Ejecutivo del Sistema de Seguridad Pública. Pronto habrá más muertos de López Obrador que de Calderón.

Twitter: @SergioSarmiento

Estados Unidos: 4 tragedias

Donald Trump es sólo una manifestación de las fuerzas que tienen a la sociedad estadounidense dividida, crispada y confundida. Los grandes problemas de ese país son conocidos: desigualdad, racismo, terrorismo, dificultad para llegar a acuerdos políticos, menguada influencia internacional. La pandemia ha revelado con letal precisión la ineficacia del sistema de salud más caro del mundo.

Con la excepción del coronavirus, el racismo y la desigualdad, estos grandes problemas no afectan a la vida diaria de los norteamericanos. Hay otros, sin embargo, que les alcanzan de manera cruel, tangible y frecuente.

Uno de estos es la regulación irresponsablemente laxa de las armas de fuego. Estados Unidos tiene 4.4% de la población del planeta y 42% de las armas. También el mayor número de asesinatos masivos, especialmente en las escuelas. Desde 2002, más de 400 estudiantes, maestros y personal escolar han muerto asesinados por armas de fuego, cinco al mes.

El presidente Trump y la Asociación Nacional del Rifle (NRA, en sus siglas en inglés) sostienen que este no es un problema de armas sino de salud mental. Pero ningún otro país sufre regularmente de este tipo de ataques tanto como EUA, y estadísticamente, las enfermedades mentales no son más frecuentes allí que en otros países. Todos los estudios independientes concluyen que la facilidad con la que se puede comprar un arma es la explicación de estas masacres.

El 75% de los estadounidenses desea más controles sobre la venta y la posesión de armas. Pero las preferencias de esa abrumadora mayoría caen sistemáticamente aplastadas por la NRA, que, disfrazada de ONG, es el lobby de los fabricantes de armas.

Otra realidad nociva para millones de estadounidenses es el uso abusivo de opiáceos. Los obtienen tanto legalmente, con receta médica, como por vías ilícitas. El consumo ilegal de heroína y opiáceos sintéticos como el fentanilo se ha disparado. En 2015, dos millones de estadounidenses sufrieron problemas de salud a causa del uso excesivo de estas drogas.

Al mismo tiempo, hay una grave escasez de medicamentos que salvan. Esta escasez no se debe a que los medica-

¿Qué tienen en común estas cuatro tragedias? El dinero. O, mejor dicho, la propensión de algunos empresarios que, en su afán de aumentar y proteger sus ganancias, abusan de sus clientes y de la sociedad. Lo pueden hacer porque se las han arreglado para “secuestrar” las instituciones del Estado encargadas de regularlos y limitar sus prácticas abusivas.

mentos no están disponibles, sino a que están fuera del alcance de millones de estadounidenses que no los pueden pagar. Los precios de las medicinas en EUA son los más altos del mundo. Allí, el gasto anual medio en fármacos es de 858 dólares por persona, mientras que en otros 19 países industrializados la media es de 400 dólares.

Otro fenómeno que está matando a los estadounidenses es el cambio climático. Reducir las emisiones que contribuyen al calentamiento global puede ser muy costoso para algunos sectores empresariales, que, naturalmente, preferirían evitar esos costes o posponerlos al máximo y así salvaguardar sus beneficios. De ahí que hayan contribuido con tanta eficacia a fomentar el escepticismo.

¿Qué tienen en común estas cuatro tragedias? El dinero. O, mejor dicho, la propensión de algunos empresarios que, en su afán de aumentar y proteger sus ganancias, abusan de sus clientes y de la sociedad. Lo pueden hacer porque se las han arreglado para “secuestrar” las instituciones del Estado encargadas de regularlos y limitar sus prácticas abusivas. La solución es tan obvia como difícil de instrumentar: reparar la democracia donde está rota. No hay prioridad más importante.

Miembro distinguido del Carnegie Endowment for International Peace.
Twitter @moisesnaim

Patricia Pozos Rivera

Jóvenes, trabajo precario y pandemia

Ya se reconocía a los jóvenes como una población vulnerable desde finales del siglo XX, su situación ha sido agravada por la Covid-19, en esta nota me centraré en sus condiciones laborales y su exclusión del sistema educativo.

De acuerdo con la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID) 2018, en México hay 30.7 millones de jóvenes entre 15 y 29 años, representan 24.6% del total de habitantes. Los que conforman la Población Económicamente Activa (PEA) juvenil son 17.4 millones (56.5%). De ellos, 16.7 millones (96.3%) eran población ocupada, mientras que 3.7% fue población desocupada. En el 2020 por la pandemia, de acuerdo a la ETOE, los jóvenes son la mitad de los desocupados; y el 25% de los subocupados tiene menos 29 años.

Son los que más se han adaptado a los nuevos esquemas laborales precarizados como freelance y gig economy, estos últimos son trabajadores esporádicos de muy corta duración, pueden ser horas o minutos, el contratado se dedica a realizar alguna actividad muy específica, sin estabilidad laboral, sin prestaciones sociales, sin servicio médico y con salarios bajos. Esta modalidad de empleo surgió en Estados Unidos a raíz de la crisis de hace once años y ha tenido auge a partir de que empresas han diseñado plataformas que, a través de dispositivos electrónicos como un celular, dicen conectar a quienes brindan servicios con quienes los demandan. Sin embargo, la realidad es que los prestadores de servicios, en su mayoría jóvenes, han sido un gran sustento del incremento de las ganancias de dichas empresas.

Por su parte la Población No Económicamente Activa (PNEA) juvenil, es de 13.3 millones, que representa el 43.5% del total de jóvenes. Entre las dos actividades más representativas de esta PNEA son: ser estudiantes, poco más de 7 millones (52.7%), y la segunda, ayudar en los quehaceres del hogar (37.9%). Urgente es atender la desventaja de las mujeres jóvenes, porque la PNEA dividida por género nos permite observar que sólo el 43.3% de las jóvenes declaró ser estudiante, mientras que en el caso de los jóvenes 84.4% de ellos lo son. Más

Urgente es atender la desventaja de las mujeres jóvenes, porque la PNEA dividida por género nos permite observar que sólo el 43.3% de las jóvenes declaró ser estudiante, mientras que en el caso de los jóvenes 84.4% de ellos lo son. Más de la mitad de ellas, 54% declaró dedicarse a quehaceres del hogar, y sólo 6.7% de ellos declaró dedicarse a eso.

de la mitad de ellas, 54% declaró dedicarse a quehaceres del hogar, y sólo 6.7% de ellos declaró dedicarse a eso.

En el ámbito escolar, los jóvenes sufren la exclusión y la deserción. La pandemia ha incrementado el número de jóvenes que no regresarán a la universidad, por ejemplo, 72 mil integrantes de la comunidad de la UNAM están en peligro de abandonar sus estudios de nivel medio superior y superior, según la entrevista al secretario General de la UNAM realizada por el El Universal (08/09/2020). Esto sin duda marcará la vida de miles de jóvenes, condenando a muchos de ellos a trabajos precarios, a mercados laborales informales e incluso incursionar en actividades ilícitas.

Un gran paso de intervención para mejorar sus condiciones laborales, por parte del gobierno federal, lo constituye el Programa Jóvenes Construyendo el Futuro y el aumento de las becas que se otorgarán, de acuerdo a los Criterios de Política Económica correspondiente al ejercicio fiscal del próximo año, pero lo que realmente es urgente, es generar los mecanismos para ir revertiendo la condición de precariedad laboral de todos los trabajadores, principalmente de los jóvenes, así como terminar con su exclusión del sistema educativo.